

LIBROS

En la muerte de Gabriel Ferrater

Hace unos doce años, cuando Gabriel Ferrater empezaba a ser conocido por seis o siete estudiantes, cuatro o cinco profesores de instituto y sus respectivas esposas, tres poetas catalanes y una docena de habituales de todo tipo de poemas, sólo esta confusa plataforma cultural daba dos reales por su literatura. Acababa de publicar *Da nudes pueris*. El libro era anticonvencional con respecto a sus dos posibles puntos de referencia cultural: la poesía catalana entonces institucionalizada y la poesía catalana social, vigente más como aspiración que como realización.

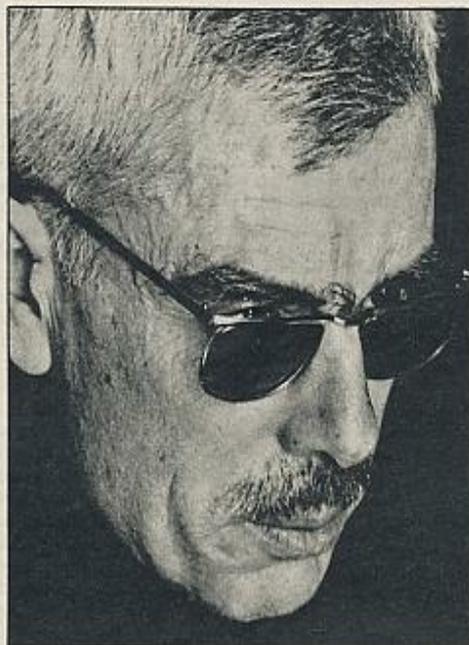
Exótico amigo soltero de la intelectualidad progresista barcelonesa de aquellos años, Ferrater se declaraba públicamente partidario de la superficialidad y reivindicaba antepasados culturales tan lejanos como Catulo o tan cercanos como Carner y Foix, pero ambos descalificados para inspirar las emociones cívicas, entonces consumidas. Y si bien Ferrater confesaba un singular aprecio por Bertolt Brecht, una línea y media después aducía un motivo decepcionante: la economía de su lenguaje. Coloquen a este hombre en pleno contexto de la resurrección crítica del país y comprenderán la resistencia apriorística que planteaban sus obras, de títulos tan extraños como *Da nudes pueris*, *Menja't una cama* («Cómete una pierna») o *Teoría dels cossos* («Teoría de los cuerpos»). Descalificado para el civismo, Ferrater tuvo que esperar más de diez años para merecer en 1968 el clamor, minoritario clamor, que le saludaba como el máximo poeta de lengua catalana, heredero del podio de Carner o Espriu.

En 1968 se publicó su libro compendio *Les dones i els dies* («Las mujeres y los días»). Ferrater ya aparecía indiscutiblemente como el

gran poeta, el único gran poeta en lengua catalana aparecido con posterioridad a la promoción de los años treinta (Espriu, Vinyoli o Rosselló Porcel). Y era, además, un poeta sorprendente, aparentemente desconectado de la situación cultural que le cobijaba. Era un solitario, con una formación fragmentada, amplísima e intransferible, iniciada en su adolescencia en la Biblioteca pública de Reus y siempre enriquecida por su amor a la observación y la utilización de las mujeres y las cosas. Hay en Ferrater un autodidacta de Reus, posteriormente modificado por sus estancias en

que desconfió de esta prueba tan personal, que da la posible comprobación implícita en los poemas del propio Ferrater. Se lo deben casi todo a unas lecturas casi perfectas de la mejor literatura. Incluso en su actuación como crítico literario, informal o formal, Ferrater demostró que la única función de la crítica es enseñar a leer.

La temática ferrateriana tampoco se ajustaba a lo hasta entonces vigente en la poesía catalana. Tal vez concertaba con el Carner, mucho menos glosado, de *El vetre encantat*, un libro absolutamente revelador y falsamente conceptualizado como menor.



el extranjero, sus estudios de Ciencias Exactas y su «hobby» de la Lingüística. Pero nada tiene que ver con la mayor parte de poetas catalanes del siglo, rigurosos humanistas, casi todos de escrupuloso origen universitario determinante, con matrícula de honor.

Ferrater era ante todo un extraordinario lector. Pocos escritores sabían leer como Ferrater y de este hecho sólo tenemos constancia los que, en las más informales ocasiones, le hemos oído espontáneos forcejeos críticos sobre este o aquel autor. Y para los

Los temas de Ferrater se referían a la propia experiencia, de la que extraía una conclusión moral, a veces descrita con un lenguaje sólo apto para dos. El lector extraño a esa relación hermética debe contentarse con otros niveles de significación, incluida la valoración contemplativa del hermetismo. Es una concesión que siempre debe hacer todo lector con espíritu deportivo y sin la cual la Historia de la Literatura se reduciría a la guía de teléfonos y a los abundantes Boletines Oficiales del Estado.

El hermetismo frecuente

en Ferrater es el de la confianza humana, sólo levemente transferida; lo suficiente para que encante, pero no para que sea devorada. Había, además, en Ferrater un sano escepticismo frente a la responsabilidad del poeta sano, porque le quitaba olímpico poder carismático. Si Ferrater hubiese empezado a escribir en 1915 habría demostrado su escepticismo destruyendo la relación poético-lógica entre el yo y sus materiales expresivos, a la manera de los surrealistas. Habría llegado, como Foix, a invalidar todo tipo de afirmaciones, incluso las implícitas. Y en este imposible logro, también como Foix, habría llegado a la destrucción de la adjetivación. Pero Ferrater, de una u otra manera, en mayor o menor grado, asumió el nivel comunicativo de los poetas de los años cincuenta y limitó su escepticismo a no creerse poeta elegido para grandes convulsiones morales colectivas, a no creerse el cuento de que el instrumento poético podría transformar el mundo.

Cuando se publicó en 1968 el libro compendio *Les dones i els dies*, la actitud constante de Ferrater ya tenía un público más propicio. Ferrater demostraba un dominio técnico indiscutible en poemas como *In memoriam* o *Poema inacabat*, poemas en los que la propia estructura se convertía en un lúcido resumen de técnicas de expresión poética. La poesía de Ferrater se aceptaba como la crónica moral de un intelectual maduro, en un país concreto, en una ciudad determinada, sometido a los peculiares estímulos de una situación dada. Nadie le reprochaba ya la poquedad civil de sus temas o de su lenguaje, entre otras cosas porque por su compromiso en el difícil diciembre de 1970 demostraba que su vida y su obra se relacionaban con un mismo núcleo moral en perpetua búsqueda de la autenticidad.

Por lo demás, Ferrater vivía a los casi cincuenta años con la misma falta de raíces «materiales» de un joven sin fortuna. Vivía de alguna traducción y de mal pagadas clases en la Universidad. El, considerado como uno de los pilares de la moderna poesía catalana, como uno de los

más enterados expertos en literatura del país, como uno de los pocos clarificados sobre cuestiones de lingüística, vivía en esa vacuola de indiferencia que las sociedades más mediocres y pequeñas saben destilar para aislar y defenderse de lo que no entienden. Y no entendían la automarginación de un hombre que sólo trataba de ganar lo suficiente para seguir viviendo lejos de la ciudad, con los huesos metidos en un jersey perenne y el alma en un baño de ginebra y pequeños planetas de hielo cúbico.

En la entrevista que le hiciera Federico Campbell para *Infame turba*, Ferrater elegía esta última respuesta:

«Si me hubieras pedido una formulación de mi poesía te hubiera dicho que mi único tema es el paso difícil del tiempo y las mujeres que han pasado por mí».

A punto de cumplir cincuenta años le ha encontrado muerto la mujer de la limpieza. No creo que sea preciso especular sobre si el causante de su muerte ha sido la cirrosis hepática o la propia voluntad. Más bien, la muerte de Ferrater, debe entenderse como el último hecho de una moral extrahumana lógicamente. Trotsky, en su bellísima elegía a la muerte de Essenin, escribió:

«Se ha dicho que cada ser lleva en sí el resorte de su destino, desarrollado hasta el final por la vida. En esta idea no hay más que una parte de verdad. El resorte creador de Essenin, al desarrollarse, ha chocado con las duras aristas de la época y se ha roto». Trotsky, con su optimismo y una vitalidad que en estos momentos nos desborda, concluye:

«El poeta ha muerto, ¡viva la poesía!».

Gabriel Ferrater ha muerto. Su espíritu de trompetista de «jazz» desahuciado por los médicos y por vocalistas fugitivas, tuvo tiempo de dejarnos una obra poética que significará para la literatura catalana el mismo impulso renovador que significara Gil de Biedma para la castellana. Y ambos son parte ya de la cultura literaria con cara y ojos, creada por una época especializada en romper la cara a sí misma. ■ M. VAZQUEZ MONTALBAN.